



CYNTHIA  
WILA

“PAPÁ  
QUERIDO”

emecé

Cynthia Wila

# «Papá querido»

# PRIMERA PARTE

El silencio

Solo nosotros sabemos estar distantemente juntos.

JULIO CORTÁZAR, *RAYUELA*

Hiere.

La vida hiere.

Eso pensé al mirar por la ventana de mi cuarto. Había un jardín y más allá la pérgola con flores color ámbar. Lorenzo, mi hijo, quería convencer a su papá para entrar en la pileta. Un sol furioso prometía mucho calor desde temprano. Los amigos llegarían por la tarde para ayudarnos a preparar todo. Era la primera vez que festejaríamos en casa. Y yo, que había despertado con una sonrisa poco común, ahora estaba muda y seria, sin lograr despegar la vista del árbol más antiguo del parque.

Era el único que había sobrevivido a la reforma. Se lo había exigido al arquitecto. Desde niña amaba los pinos grandes. Y si bien este pino no era aquel, ni este parque era aquel, las sensaciones que me provocaba caminar descalza sobre el pasto y regar las plantas cada tanto se parecían bastante a esas emociones que alguna vez fueron cotidianas y hermosas, y que desaparecieron de cuajo, como

si una mano negra las hubiera arrancado sin aviso, sin tiempo para preparar el corazón.

A pesar de la humedad que traspasaba las paredes, por mi cuerpo se metió un sudor helado. Ya habían pasado dos horas y no podía moverme. Román, mi marido, pensaba que dormía. No pude continuar. No supe qué decirle. Solo corté para no seguir escuchándola. Porque su mensaje me dejaba heridas nuevas y sacudía las marcas que yo procuraba mantener en control para que no lastimaran. Control. Como ella me había enseñado.

Aquella mañana, apenas abrí los ojos, la llamada de mi madre sonó a través de Skype en la pantalla de la computadora. La escuché agitada, con la desesperación de quien ha pasado una vida intentando cubrir, cubrirse, y ahora debe hablar sin velos porque no sabe cómo enfrentarse a una tragedia sola. Sin alguien que la sostenga.

—¿Qué pasó? —fue mi primera reacción. Aunque lo supe al instante, antes de que ella hablara, porque quizás lo estaba esperando sin esperar, desde un lugar temerario y disimulado en mi memoria. Hacía casi veinte años.

—Nada grave... —intentó sonar convincente. A unos pasos de ella, él parecía decirle algo—. Hace unos días fuimos a una guardia porque tu padre... —le costó decirlo pero no tuvo opción— no se sentía bien. —Se hizo un silencio que las dos respetamos. Ella tragó saliva y siguió—: Le dieron antibióticos. Los médicos dijeron que puede ser una bacteria. —Respiró hondo para continuar—. Tiene que hacerse un estudio en el hospital porque hace una semana que va de cuerpo con sangre. Pero no quiere. Dice que una vez que te internan no salís más... Ayer se cayó en el

baño. Lo cacheteé y logré que llegara a la cama. Al rato se le pasó. Y no sé qué hacer... –Entonces no pudo seguir.

Apareció su llanto. El llanto de la rabia contenida, la impotencia, el rencor contra sus propias decisiones. El que esconde más gritos que angustia, el que cubre de lágrimas las palabras que han quedado sepultadas a lo largo de una vida de dolor. El llanto de la infelicidad.

Hacía mucho tiempo que me había jurado no volver a verlo. No hablarle. Borrarlo de mi mente. Enterrarlo vivo. Como él me había enterrado a mí. Y hacía menos de dos horas lo había visto de nuevo en un monitor. Luego de veinte años.

Estaba detrás de ella, sentado en el sillón de un living lleno de luz. Los brazos caídos, los hombros chatos, pelo gris, sucio, desgarrado. Llevaba una camiseta blanca y las piernas desnudas. Miró de reojo. Sabía que ella hablaba conmigo. Levantó apenas el mentón, y con los ojos llenos de encono y de reproche, me dijo: «Vas a tener que venir a enterrarme acá».

Lo dijo como si supiera del entierro imaginario que yo antes le había dedicado. Lo dijo para que escuchara su voz pastosa, que ya no era su voz; apenas una arruga de aquel tono grave que yo recordaba bien.

Ella continuó entre sollozos y palabras sueltas que me pedían socorro. Pero no pude escucharla más. Y a sabiendas de que necesitaba de mí, le corté. Con amabilidad le dije «después te llamo». Y corté. En control. Sin lágrimas ni furia. Aunque debí de sentir el impacto de aquella imagen tenebrosa porque mi mano no pudo soltarse del mouse. Los dedos quedaron aferrados ahí, o a la imagen

de él, o a la voz o a ese llanto. No lo supe. Con el puño cerrado y un temblor que solo yo percibía. Como un presagio, como los primeros temblores que salen del fondo de la tierra antes del terremoto fatal.

\* \* \*

Román vino a buscarme. De su short de baño caían algunas gotas de agua que le mojaban las piernas. Desde la puerta abrió los brazos como pidiendo disculpas por estar empaquetado. Me había llamado minutos antes, con las manos en alto, a los gritos, porque mi hijo quería que fuera a jugar con ellos. Pero yo, que parecía más ausente que otras veces, continuaba frente al ventanal sin verlos, sin respirar, atada a la silla y al monitor negro. Con la mirada vacía. O tal vez, demasiado llena de pasado. Y de silencios.

Román se acercó, tocó mi hombro y dijo algo que no pude oír. Sentí frío. Entonces di vuelta la cara, le atravesé los ojos y dije: «Me voy».

Luego de cortar con mi madre, luego de haber quedado en trance durante casi dos horas, sobrevino el ataque.

Con rapidez tomé el celular y llamé a mi agente de viajes que estaba en su coche ese 31 de diciembre de 2011 rumbo a la Costa. Habrá notado la alteración en mi voz y una urgencia que jamás le había mostrado a nadie. Porque, tal como me había enseñado mamá con sus gestos cotidianos, había que guardar las formas delante de la gente, ser amable y suave. La desmesura y los insultos

solo estaban permitidos para ellos. Los varones. O más bien para él.

El agente escuchó mi desesperación: «Necesito viajar hoy a Miami». Y a las tres horas me consiguió un lugar en ejecutiva para esa misma noche. Era carísimo, pero no me importó. Debía subirme a ese avión a cualquier costo. Desde niña estaba acostumbrada a pagar precios por él. Este sería uno más. Quizás el último.

Román se quedó tieso a mi lado. No comprendía. Yo no le expliqué. Al rato inició las preguntas. Le conté del llamado de mi madre, de su ruego y de su llanto. Mi esposo me miraba como si fuera una extraña, sin entender por qué de repente su mujer metía algunas prendas en un bolso y se marchaba hacia un reencuentro que no estaba en los planes de esa familia.

Me había conocido sin padre. Sabía que aún estaba vivo, pero también sabía de nuestro distanciamiento. Al inicio de la relación insistió para que le hablara de él. Le conté poco. Y aunque ese poco se lo conté con algo de furia, procuré ser reservada para que no lo odiara como yo. No quería que mi marido le guardara un rencor que solo estaba reservado para mí.

\* \* \*

Román era bueno, el hombre más bueno que conocí. Hacía dieciocho años que estábamos juntos. Nos vimos por primera vez en un bar. Era una tarde de domingo. Yo tomaba mi segundo café y leía «Ante la ley», un cuento de Kafka



que relata su visión acerca de los guardianes de la justicia, quienes protegen un tesoro oculto al que el pueblo ignorante no tiene acceso.

Mientras leía pensaba en mi madre, que había tenido una vida injusta por haber estado en las tinieblas. Estar a la sombra de alguien implica que los demás puedan ver solo restos. Y lo peor, asegura un anonimato lacerante.

Aquel domingo yo cumplía veintiuno. Había decidido pasarla en ese bar porque odiaba los festejos, y además porque no tenía amigos. Hacía mucho que no podía confiar en alguien y le escapaba a cualquier relación que deslizará una posibilidad amistosa.

Por ese entonces trabajaba como encargada en un videoclub de barrio y vivía sola. Aunque había estudiado dos años de arquitectura, esa etapa se escondía tras una pared de acero, en el fondo de un pozo sin fin. Por dolor, había levantado un muro inquebrantable para que nadie más me hiciera daño. Y la pasión universitaria había quedado detrás del muro, junto con otras cosas muertas.

Román me llevaba seis años. Era historiador. Creo que eso debió de fascinarme de entrada. Tenía rulos castaños y una sonrisa tierna. Yo, en cambio, siempre andaba sin reír. Llevaba puesta una camisa escocesa y el pelo atado, como de costumbre. Estaba muy delgada, sin formas de mujer. A pesar de mis huesos sin carne, a Román le parecí intrigante; lo dijo apenas acepté dormir con él. Y a partir de ese día ya no nos separamos.

Durante muchos meses lo puse a prueba y aguardaba el momento que arruina cualquier vínculo: estaba esperando que apareciera la traición. Pero los meses pasaban

y en lugar de la traición llegaba la sorpresa. Porque cada gesto de Román me conmovía, como una niña que se entusiasma cuando le compran su golosina favorita. Y a pesar de mi pobreza para querer, a pesar de que no me animaba ni siquiera a desear la posibilidad de esa golosina, me enamoré.

A los pocos meses me mudé con él. A partir de ahí la vida comenzó a acomodarse y de a poco los afectos volvieron a adquirir importancia para mí. No fue fácil. Nunca lo es cuando se llega tan herido, cuando lo familiar de golpe se vuelve una amenaza, cuando la tristeza y el miedo obligan a una joven estudiante a dejar sus ilusiones y taparse detrás de un mostrador para alquilar películas que cuentan la vida de otros. Quizás por eso elegí trabajar en ese lugar, donde reinaban cientos de relatos de héroes, heroínas y perdedores, porque eso me aseguraba no pensar más en mi propia historia. Aunque esa seguridad fuera un engaño, uno siempre se engaña para no sufrir.

Aun así, detrás de mi pared de acero, Román me vio y no me traicionó. Y con él me animé a escribir una historia que no necesitaba esconder.

\* \* \*

Fui con mi marido al aeropuerto. Me abrazó fuerte, me contuvo en su pecho y susurró una frase antes de despedirse: «Volvé sana».

El pedido salió de un corazón enamorado y sin intención de dañar. Sin embargo dio directo en el blanco.

Entonces sentí ese dolor en el vientre que ya había olvidado. No fue como aquellos que me dejaban metida en la cama durante días. Este dolor fue más leve. Pero el mismo. En el mismo lugar. Como una advertencia de que por ahí habían quedado marcas. Las huellas más tristes de un recuerdo que yo no deseaba traer a la memoria.

Al ingresar al avión una azafata de labios rojos me regaló su mejor sonrisa. Siempre supuse que la tripulación reservaba sus mejores sonrisas para los pasajeros de clase ejecutiva. Y esta no fue la excepción.

Entré a la cabina con la cabeza gacha, despeinada, sin fuerzas. Me ubiqué en el asiento que daba a la ventanilla del avión, me quité los zapatos, abroché el cinturón, me cubrí entera con la manta y tapé mis ojos con el antifaz que encontré en un estuche delante de mí. Había mucha luz.

La luz distrae y no deja pensar. Y yo, a pesar de mí misma, necesitaba pensar.

Me propuse repasar los momentos más críticos de la vida que me habían atado a él, con una soga firme e infinita que se mantuvo tensa a través de la distancia. Una soga que intenté romper cientos de veces sin éxito, un ovillo que el tiempo no logró deshacer. Hay lazos que se transforman en cadenas, y tal como había sucedido tantas veces cuando me proponía ese ejercicio, terminé en el mismo lugar, encadenada a su recuerdo.

Aparecí en aquel parque, el de mi infancia. El verdadero. El parque que mis primeros ojos veían inmenso y que, años más tarde, se revelaría ante mí mucho menos extenso de lo que recordaba.

En la niñez todo es distinto, las emociones son exageradas. El amor es más importante y el dolor más rabioso. Con la adultez a veces se mitigan los extremos. Sin embargo, los recuerdos de esos lugares infantiles, o de aquellos sentimientos, suelen conservar su vitalidad, la vehemencia que tenían en el origen. Por eso duelen más que antes, porque recién a mitad de la vida se comprenden. Y la comprensión siempre trae algo de angustia.

No supe cuánto tiempo pasó desde que el avión había despegado hasta alcanzar la altura suficiente para que comenzaran con el servicio de a bordo, porque un sueño profundo vino a poner coto a las imágenes bellas y a las otras, esas que mordían sin piedad por más que intentara esquivarlas. En mi vida toda imagen bella era secundada por una terrible. Hasta que apareció Román, y con él llegó por fin la tregua. Y la confianza en el amor.

Román trajo el amor bueno, ese que no necesita pagar precios demasiado altos para querer ni para que te quieran. Y además trajo caricias que no terminan en escenas de horror. Era un amor distinto al que me habían enseñado. No había demasiada magia con él. Pero sí había nobleza. Y respeto. Y paz. Sobre todo paz. Una paz que disfruté durante años. Hasta esta mañana.

La azafata me ayudó a sacar la mesa del apoyabrazos y dejó una bandeja con distintos tipos de quesos, higos y frutos secos. Miré el plato que parecía una delicia, pero mi estómago estaba cerrado como un puño, como tantas otras veces. Esa era la representación más cabal de mi constante falta de hambre: un puño, o un puñal, clavado en el vientre.

–Pruebe. Está exquisito –señaló con la boca llena la mujer sentada a mi lado. Tenía el pelo rubio bien armado, una piel mate con arrugas y muchos brillantes en los dedos. Olía rico. A perfume, con mezcla de spray para cabello. Su olor me recordó a mi abuela.

–No tengo hambre –le dije intentando una sonrisa que no convencía a nadie.

–Usted está muy delgada –se atrevió la señora sin rodeos.

La miré con asombro, levantando las cejas.

–A las mujeres de ahora les gusta verse flacas porque se creen más atractivas. Pero no –movió su dedo índice–, los huesos solo atraen a los perros.

Esa reflexión me sorprendió más que sus formas entrometidas. Y lancé una carcajada que me permitió descargar un poco de tensión.

–Me llamo Delia –Me guiñó un ojo con expresión pícara.

–Marie, encantada –contesté.

Hacía mucho que no me nombraba así. Era el apodo que me había puesto él, mi «papá querido». Lo pronunciaba girando la lengua en la garganta, en una especie de rotacismo afrancesado, porque decía que le daba un toque de elegancia. A él siempre le gustaba ostentar con todo, incluso a costa de mí. Por eso en vez de María, me llamaba Marie, «mi Marie».

La señora me animó a comer algunos quesos que no me cayeron bien. Sentí cólicos fuertes. Similares a los antiguos, esos que no quería recordar. Pero de algún modo, la charla con esa mujer le daba tregua a las quejas de mi

cuerpo. Como si su voz, o su encanto, acariciaran alguna parte de mi alma que estaba ávida de pasado. Del cariño de los mayores. El que se había perdido mucho tiempo atrás en un lugar remoto de mi historia.

Conversamos durante casi una hora. Me enteré de que Delia había perdido un hijo al nacer, el primero, cuando ella todavía era muy joven. A pesar de la tragedia, con su esposo no se habían resignado al dolor. Al año se embarazó de mellizos. Dos varones robustos al día de hoy, que la habían hecho abuela de siete nietos. Estaba rodeada de vida porque no se entregó a sufrir, me dijo. Y en ese momento me tomó la mano.

La expresión de mis ojos debió de haber cambiado. El comentario final, o su sonrisa, o su dedo índice en alto antes de aferrar los míos. No sé. Pero hubo algo.

Sentí sus yemas rotas por las arrugas y el calor de su piel. Era cálida... Ella, su entonación y sus manos.

—No hay dolores eternos, Marie —Me apretó más los dedos.

—A veces sí —agregué.

Enseguida un nudo cerró mi garganta y bajé los párpados.

El apodo «Marie» siguió rebotando en mis oídos.

Llegó la azafata, nos ofreció café. Las dos tomamos en silencio. Al rato se apagaron las luces de la cabina. La mujer reclinó su asiento y, sin decir más, se tapó para dormir. Después de todo, éramos dos desconocidas que se confesaban intimidades para matar las horas de vuelo.

Con el fin de sacudir emociones viejas, esas que huelen a humedad de tanto encierro, a veces es más fácil abrir el

corazón con personas a las que no volveremos a cruzarnos jamás. Por lo menos mis emociones estaban así, oscuras, llenas de barro. Y de sangre. Y de miedos. Y de alguna manera necesitaban un escape.

Pude dormir. No registré a la azafata cuando trajo el desayuno ni el sonido de los pasajeros que andaban por el pasillo. Dormí en paz. Algo extraño en mí, que suelo tener un sueño intermitente y perturbador. Desperté con la voz del comandante que anunciaba que en media hora aterrizaríamos en el aeropuerto internacional de La Florida.

Durante el último tramo no volví a cruzar palabra con Delia. Pero antes de abandonar el avión, se dio vuelta hacia mí, me acarició la mejilla y dijo: «Un gusto conocerte, Marie. Y no le des más ventaja a tus dolores. Mejor, sana. Y come».

Levantó el dedo índice por última vez y se fue.

\* \* \*